CAPILLA ALFONSINA

IX

El rancho de la Laja

Dos meses habían pasado de los acontecimientos referidos en nuestro último capítulo, y en este tiempo la suerte no había sido adversa á las tropas de México.

La pequeña ciudad de Uruapan, que se extiende en el extremo de una gran llanura, como un tapete de flores y de cristal, había presenciado uno de los combates más reñidos.

Uruapan es un paraíso: ríos transparentes, flores perfumadas, frutas exquisitas, mujeres hermosas, y todo esto en abundancia: allí no tendréis sino inclinaros para cortar una violeta; no tendréis más que abrir los ojos para encontrar, no una, sino muchas mujeres bellas y provocativas.

¿Qué más puede decirse de una ciudad?

Los republicanos la atacaron y los imperiales la defendieron: el combate no fué largo, pero sí sangriento: veinticuatro horas duró el fuego sin cesar un minuto; y á las veinticuatro horas los liberales eran dueños de la plaza, y toda la guarnición, incluso su jefe, estaba prisionera. Pero la ciudad ardía: durante el asalto unos y otros incendiaban las casas para arrojar á sus enemigos, y el fuego cundía por toda la plaza.

El coronel Lemus, que mandaba las fuerzas imperiales, fué pasado por las armas de orden del general Arteaga: todos acusaban á Lemus de ser el que había dispuesto el asesinato de don Melchor Ocampo.

Los demás prisioneros fueron respetados.

La columna republicana, después de este triunfo, se retiró para la Tierra Caliente, porque entonces todas las fuerzas francesas, belgas é imperiales, se pusieron en movimiento para destruirla, y habría necesitado cuádruple número de hombres y de elementos para poder resistir.

Aquella peregrinación fué un víacrucis: atravesando por desiertos bosques, faltos de toda clase de mantenimientos, los soldados y los oficiales morían de hambre. Durante el día, un sol de fuego calcinaba aquellas frentes que guardaban como un tesoro la santa idea de la Independencia; durante la noche, una lluvia constante y

tempestuosa dejaba yertos aquellos demacrados cuerpos, que sólo conservaban vida y sangre para ofrecerla en holocausto ante el altar de la Patria.

En medio de aquellas sierras también hay llanuras; ¡pero qué llanuras, Dios mío! inmensas, tristes, formando un horizonte como el de los mares: ni un árbol que dibuje su sombra sobre el suelo abrasado, ni un arroyo, ni un venero, nada, nada.

Arbustos que apenas se distinguen en medio de una hierba siempre seca, esto es todo; aquel cielo con un azul sereno y tan puro, tan igual siempre, que entristece, que desespera: casi nunca cruza una nube por aquel cielo, como casi nunca cruza un ave sobre aquella desierta llanura: éstos son los Llanos de Antunes.

Para atravesarlos es necesario conocerlos perfectamente, ó llevar un buen guía; de otra manera, un viajero se extraviaría allí con tanta facilidad, como en medio del mar sin tener una brújula, ó como en una noche en medio de un bosque, tomando un rumbo cualquiera sin conocer el camino; un hombre ó un animal morirían de sed antes que llegar á encontrar el agua ó á salir de aquel llano.

Los vaqueros y los hombres de la tierra encuentran continuamente por allí cadáveres de hombres, de animales y hasta de familias enteras que se extravían en aquel espantoso desierto, y en donde viven como en los

bosques, los tigres, los lobos, los venados y las serpientes.

Y se eslabonan estas llanuras como inmensos escalones: los Llanos de Antunes, el Plan de Urecho, el Llano de las Balsas, en diferentes niveles, con diversas faces, pero todas tristes, sombrías, en medio de ese torrente de luz y de fuego que las baña, oprimiendo el corazón en vez de ensancharle con sus dilatados y extensos horizontes, con su atmósfera transparente y limpia.

¡Cuántos soldados quedaron allí insepultos, víctimas de la sed! Aquello era horroroso: los hombres comenzaban de repente á caminar muy aprisa, á pronunciar palabras incoherentes, y caían; toda su sangre refluía á su rostro y á su garganta; brillaban sus ojos por algunos momentos de una manera fatídica; una espuma apenas perceptible manchaba sus labios secos y tostados, y luego la muerte; y morían tantos, que no era posible enterrarlos; y los caballos y las mulas de la artillería, y hasta los perros que acompañaban á los soldados, sufrían aquella horrible muerte.

Desde el pueblito de Sin-agua, hasta más de ocho leguas que se prolonga el Llano de las Balsas por el Oriente, los cadáveres de los hombres y de las bestias, muertos por la sed, podían indicar el camino de la columna.

Ocho días llevaban las fuerzas de marcha, y estaban

CAPILLA ALFONSINA

cerca de San Antonio de las Huertas, que es una hacienda situada al Sureste de Tacámbaro, y que servía de retirada á las tropas liberales.

En un ranchito que estaba sobre el camino que llevaban, en una fresca y pintoresca cañada, los soldados comenzaron á detenerse delante de una casa; los oficiales llegaban para separarlos de allí, y se quedaban también.

— ¿Cómo se llama aquí? dijo Jorge, que, como debemos suponer, siempre caminaba con Murillo.

— La Laja.

— ¿Y qué habrá allí que todos se detienen?

— ¿Vamos á ver?

— Vamos.

Los dos picaron sus caballos, y llegaron á la casita adonde se dirigían todos con curiosidad.

Lo que había allí era una cosa espantosa.

Delante del jacal y á la sombra de una enramada, un hombre ya viejo, muy robusto, con la ropa hecha pedazos, casi desnudo, mostrando en todo su cuerpo horribles contusiones y sangrientas mordidas; con el pelo en espantoso desorden, los ojos fuera casi de sus órbitas y la boca cubierta de espuma, se agitaba como un loco, atado á tres horcones de árbol clavados en la tierra: unas mujeres le contemplaban desde la puerta de la casa y los soldados formaban en su derredor un círculo.

Aquel hombre rugía como un perro enojado, aullaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

como un perro herido, y algunas veces producía sonidos y voces muy semejantes á un ladrido.

Algunas veces inclinaba la cabeza sobre el pecho, y quedaba como en calma; pero de repente se agitaba con tanta fuerza, que parecía que iba á romper aquellas ligaduras que se habían introducido ya en las carnes de sus brazos, de sus piernas y de su cintura: entonces parecía buscar algo que morder; sonaba los dientes como un lobo hambriento, y procuraba, haciendo increíbles esfuerzos, alcanzarse uno de sus mismos hombros para arrancarse los pedazos. Los soldados de adelante, impulsados por los de atrás, estrechaban el círculo; pero á cada movimiento del hombre toda aquella masa retrocedía aterrada.

— ¿Qué es esto? ¿qué tiene ese hombre? dijo Murillo.

— Señor, contestó un soldado, tiene la rabia.

— ¿Pero no le curan?

— ¡Si eso no tiene remedio, mi capitán!

— Más valía darle un balazo, exclamó un sargento, embrazando su fusil.

— Valía más; pero siempre es deber una muerte, dijo otro: yo no me meteré.

El rabioso, indiferente á todo, se agitaba, se retorcía, aullaba, pero de una manera infernal.

— ¿Dónde le mordió el perro? preguntó Jorge á las mujeres de la casa.

— En Huetamo, ó cerca de allí.

El rabioso, indiferente á todo, se agitaba, se retorcía...

—¡Qué! ¿no es de aquí?

—No, señor; venía de paso con una mujer y un muchacho: aquí le empezó á dar el mal; los hombres del rancho le amarraron ahí hace tres días, porque quería morder.

—¿Y la mujer... y el muchacho?

—Creo que no eran de su casa, porque tan luego como le vieron amarrar se fueron.

—Y este hombre ¿cómo se llama?

—El muchacho le decía tío Lalo.

—¡Pobre! debe padecer mucho.

—Sí, señor, mucho; pero ya no tarda en morirse, ya no hace tantos esfuerzos; véalo usted.

En aquel momento la mujer de un soldado se había atrevido á acercar á los labios del rabioso una vasija con agua.

El rabioso se agitó espantosamente: rechinó los dientes, y levantando muy poco á poco la cabeza convulsivamente, produjo un ronquido: la espuma inundó su boca, se estremeció violentamente y quedó muerto.

Tres días de lucha, de agonía, de los más espantosos sufrimientos; en fin, tres días de hidrofobia.

El dedo de Dios sobre la frente del culpable.